

La mediterraneidad boliviana y la integración regional

Nelson Manrique

La falta de acceso al mar de Bolivia se remonta a la Guerra del Pacífico, que en su momento reflejó la expansión ya consolidada de intereses anglochilenos sobre territorios bolivianos no vinculados al sistema económico del país. El artículo describe el proceso de desarrollo regional y las incidencias económicas y políticas en relación con esta zona donde confluye también Perú. Dados los sentimientos puestos en juego, el primer desafío consiste en generar consensos en el interior de los países involucrados a favor de soluciones superadoras. El ejemplo de la integración europea, construida sobre heridas bastante recientes, torna inexcusable no desprenderse de los nacionalismos negativos.

La Guerra del Pacífico ha tenido un fuerte impacto en la historia de Bolivia, Chile y Perú y sus consecuencias siguen sintiéndose 125 años después.

Prolegómenos de la guerra

Como es sabido, la guerra entre Chile y Bolivia tuvo su origen inmediato en la disputa por la soberanía sobre el te-

rritorio desértico de Atacama, que no despertó mayores rivalidades hasta que el descubrimiento de yacimientos de salitre en el litoral, reservas guaneras en sus islas, y plata en Caracoles, lo convirtió en un espacio de expansión económica para Chile. Bolivia, un país cuyo eje geohistórico está en el corazón montañoso de los Andes, disponía de recursos naturales explotables en el litoral sin contar con una cla-

Nelson Manrique: sociólogo e historiador peruano; profesor de Historia en la Universidad Católica de Lima.

Palabras clave: Guerra del Pacífico, reclamos territoriales, Bolivia, Chile, Perú.

se dominante capaz de hacerse cargo de la empresa. En buena cuenta ese era un territorio lejano, separado de la zona más densamente poblada del país por 100 kilómetros de desierto y por la cordillera de los Andes, y era muy poca la atención real que el gobierno boliviano le había prestado. Chile tenía en cambio una burguesía sólida y emprendedora que disponía de escasos recursos naturales en su territorio. Este fue el motor del avance chileno –en alianza con el capital británico– sobre el litoral boliviano. La expansión económica hacia el norte movilizó una vasta migración de trabajadores chilenos, de manera que Atacama virtualmente estaba conquistada económicamente antes de que se produjera la conquista militar. La armada chilena que ocupó el puerto de Antofagasta en febrero de 1879 fue recibida en triunfo porque la población del puerto boliviano era ya chilena en un 80%, y los escasos 40 soldados bolivianos que formaban la guarnición del puerto (construido por Chile, con el consecuente abandono del puerto boliviano de Cobija) debieron ser detenidos y resguardados por los soldados chilenos para salvarlos de la ira del populacho.

Este resultado fue preparado por el entreguismo y la imprevisión de los «caudillos bárbaros» (la expresión es de un historiador boliviano). Las generosas concesiones a largo plazo de Mariano Melgarejo (1864-1871) a los intereses extranjeros, a cambio de algo de dinero en efectivo, facilitaron la

penetración económica chilena. El tratado que firmó en 1866, reconocía una soberanía boliviana nominal sobre el territorio en disputa, contemplando, entre otras cosas, la participación a medias de ambos países en las ganancias producidas por la explotación de los recursos de este territorio y el control conjunto de las aduanas. Su patriotismo y su relación con Chile están ilustrados por la oferta al representante diplomático chileno Aniceto Vergara Albano, de la cartera de Finanzas de Bolivia y –al no aceptar éste semejante puesto–, su nombramiento como su agente financiero en Santiago. Estos son algunos de los elementos que prepararon la tragedia de 1879.

Fue igualmente importante la expansión de los intereses anglochilenos establecidos en el litoral boliviano sobre la minería boliviana del interior. Las inversiones que permitieron la fundación de la Compañía Minera Huanchaca, la empresa argentífera más importante de Bolivia, propiedad a partir de la década de los 60 de Aniceto Arce –cuyo papel en el desenvolvimiento y el desenlace de la guerra con Chile fue crucial–, fueron logradas gracias a una alianza con capitalistas chilenos que controlaban las dos terceras partes del capital social de la empresa, mientras Arce manejaba el tercio restante. De los cinco miembros del directorio que se creó, cuatro eran chilenos.

La alianza entre la oligarquía minera de Bolivia y los capitales chilenos y bri-

tánicos tenía como bandera la defensa del libre cambio, y para esta política el litoral boliviano a la larga resultó sacrificable. A partir de 1877 (recuérdese que la guerra se inició en 1879 y Bolivia perdió su litoral definitivamente en 1884) y durante toda la guerra, la Compañía Huanchaca repartió utilidades entre sus asociados bolivianos, chilenos y británicos sin interrupción. La construcción de un ferrocarril entre el puerto de Antofagasta y Huanchaca, iniciada sin aprobación del gobierno boliviano, comenzó en 1885¹. El objetivo era unir la mina de Arce con el puerto recién arrebatado a Bolivia.

El gobierno de Chile impuso en el Pacto de Tregua, con el que se suspendió formalmente la guerra (en realidad fue su final), la condición, firmada por la oligarquía minera boliviana, de que los productos de ambos países podían ser libremente ingresados en el territorio del otro. Conociendo cuánto producían Chile y Bolivia es fácil saber a quién beneficiaba semejante reciprocidad. Posteriormente se impusieron alzas a los aranceles de las mercancías ingresadas por Perú y Argentina a Bolivia. Se destruyó así la larga integración económica del sur andino, que existía desde la colonia. La expansión

del ferrocarril chileno-boliviano desde Huanchaca hasta Oruro (1892), emprendida por The Antofagasta and Bolivian (*sic*) Railway Co. Ltd. —formada por Arce en Londres, en asociación con capitales ingleses— y su extensión a Potosí (1912) y a La Paz y Cochabamba (1917), combinada con la política arancelaria contra el comercio con Perú y Argentina, ató el comercio boliviano de importación y exportación al puerto de Antofagasta. Se entregó así el mercado interno boliviano a Inglaterra y Chile.

Toda esta política fue inspirada y ejecutada por la oligarquía minera de la plata, que organizó el Partido Conservador y asumió el control directo del gobierno boliviano con las presidencias de Gregorio Pacheco (el segundo productor de plata del país, 1884-1888), Aniceto Arce (propietario de Huanchaca y primer productor de plata, 1888-1892), y Mariano Baptista (vicepresidente del gobierno de Pacheco y abogado de importantes empresas mineras, 1892-1896). El grueso de esta información proviene del excelente libro del historiador boliviano Antonio Mitre, *Los patriarcas de la plata*. Este trasfondo es importante para entender por qué el Perú, que no tenía litigios fronterizos con Chile, pues entre ambos países se interponía el litoral boliviano, se vio comprometido en el conflicto.

El Perú entra en la guerra

En lo inmediato, Perú se involucró en el conflicto entre Chile y Bolivia, debi-

1. Pocos meses después de la consagración del despojo del litoral boliviano por Chile, en asociación con la Compañía de Salitres de Antofagasta; es la misma empresa anglochilena que originó la guerra y que cedió sus instalaciones como cuarteles para las tropas chilenas de ocupación, poniendo a su disposición los ferrocarriles para atender las necesidades de la guerra.

do a un Tratado de Alianza Defensiva que había firmado con este último país en 1873, que aunque no mencionaba a Chile, obviamente era motivado por la preocupación que suscitaba el agresivo expansionismo del país del sur. El por qué de este tratado, ruinoso para el país, ha sido motivo de debate en el Perú. Su firma, cuyo carácter «secreto» (insostenible como tal, pues fue discutido por los parlamentos peruano, boliviano y argentino, publicado en una revista brasileña y otra norteamericana, y entregado a la Cancillería chilena por un diplomático brasileño, a cuya cancillería había hecho llegar una copia el Perú) es invocado por la historiografía chilena tradicional como demostración de que tenía un carácter agresivo contra Chile. Esta última proposición es rebatible. Chile no tenía recursos naturales que despertaran la codicia de sus vecinos. Bolivia no estaba preparada para una guerra, ni contaba con armada para un conflicto naval, que era inevitable al estar el territorio en disputa aislado por tierra debido a su carácter de litoral desierto. Mientras tanto, en el Perú, el presidente Manuel Pardo llevaba una política de desmilitarización, recortando el presupuesto de las fuerzas armadas, particularmente de la Marina, y creando una Guardia Nacional, destinada a neutralizar el excesivo peso de los militares en la política.

La firma del Tratado de Alianza Defensiva por el Perú se suscitó, más que por el temor a Chile, por la preocupación con relación a la actitud de Boli-

via. Jorge Basadre, el más importante historiador peruano de la República, ha registrado por lo menos seis oportunidades en las cuales durante las décadas anteriores a la Guerra se discutió en los medios políticos bolivianos la alternativa de promover una alianza entre Bolivia y Chile contra el Perú, por la cual los bolivianos renunciarían a su litoral a cambio del apoyo chileno para arrebatar al Perú el puerto de Arica, que era estratégico para sus intereses comerciales. Arce y Baptista, los más conspicuos representantes de la oligarquía minera de la plata, estuvieron entre sus principales impulsores. La necesidad de cerrar el paso a esta alternativa obligaba al Perú a apoyar a Bolivia en sus demandas.

Para la cancillería peruana, la alianza con Bolivia, un país sin armada, que no podría contrapesar el poderío bélico chileno, tenía sentido dentro de una estrategia más amplia, que contemplaba la participación de Argentina en el pacto. La unidad entre la Armada peruana y la argentina cerraría el paso a la guerra. Existían las condiciones, pues había serios conflictos entre Chile y Argentina por la Patagonia, y este último país estaba dispuesto a entrar en la alianza; su Senado votó inclusive a favor de la participación en el pacto por abrumadora mayoría, pero la diplomacia boliviana sabotó esta salida por la incoherencia de su línea exterior.

Bolivia sostenía sus reclamaciones contra Chile sobre Atacama amparándo-

se en el principio del *uti possidetis jure*, es decir, la vigencia de las fronteras establecidas a fines de la época colonial, pero lo desconocía en su conflicto con Argentina por la posesión de Tarija. Aunque los argentinos aceptaban la decisión de los tarijeños de optar por ser bolivianos, la cuestión del *uti possidetis* era fundamental para ellos, porque constituía la base sobre la cual sustentaban sus derechos en la Patagonia, y si ella era desconocida en el pacto dejaría de existir una razón para entrar en él. Los argentinos propusieron entonces una alianza con el Perú prescindiendo de Bolivia, lo que no fue aceptado por lealtad al compromiso contraído. Aunque la diplomacia argentina se dispuso a encontrar una salida que permitiera no invocar el principio en cuestión al concertar la alianza, los bolivianos no facilitaron las cosas.

¿Por qué actuó así la diplomacia boliviana? El canciller de Bolivia, Mariano Baptista, sostenía que la posesión, aun sin títulos, creaba títulos legales, llegando en febrero de 1874 a calificar al *uti possidetis jure* de «maldito», en una carta dirigida al representante peruano. La posición de Baptista consistía en ganarle a Chile a través de la entrega de las concesiones que sus capitalistas (comprometidos en la explotación de la plata boliviana) demandaban, aunque fuera a costa de los intereses nacionales de Bolivia. Fue así que firmó el tratado con Chile de 1874, que exoneraba a éste del pago de impuestos por 25 años en Atacama. Y fue el

desconocimiento de esta cláusula por el presidente boliviano Hilarión Daza el detonante de la guerra.

En conclusión, la guerra se inició con el Perú atado a un compromiso con Bolivia, al que no podía renunciar, no solo porque tenía la palabra empeñada sino porque esto hubiera abierto el camino a la alianza chileno-boliviana en su contra. Entrar en combate terminó siendo fatalmente inevitable.

Existe en algún sector de la historiografía boliviana cierto resentimiento contra el Perú, porque el país firmó un tratado de paz unilateral con Chile en octubre de 1883, que obligó a Bolivia a firmar el Pacto de Tregua al año siguiente. Los historiadores bolivianos a los cuales aludo consideran que esto fue una traición peruana contra su leal aliado. El hecho es que, después del primer año de guerra, el ejército boliviano se retiró *de facto* del conflicto², replegándose luego al altiplano. A partir de mayo de 1880 ningún soldado boliviano volvió a tomar las armas contra Chile. Perú quedó solo, enfrentando un conflicto ruinoso, que le significó, aparte de terribles costos humanos, soportar la ocupación militar de su capital y buena parte de su territorio los tres años siguientes, mientras se desplegaba una guerra de guerrillas

2. En buena cuenta combatió junto con el Perú apenas siete meses, entre octubre de 1879 y mayo de 1880, pues durante los meses anteriores, entre abril y octubre de 1879, el Perú combatió sólo contra Chile en el mar.

contra los ocupantes. El hundimiento de la economía peruana y el colapso del Estado, en una situación de práctica guerra civil a lo largo del conflicto internacional, definieron la situación. El Perú se retiró del conflicto cuando era materialmente imposible continuar. Bolivia, mientras tanto, estaba ensimismada, desentendida de la guerra, y solo salió de ese estado cuando, habiendo derrotado al Perú, el ejército chileno se preparó para incursionar en el territorio del interior boliviano que a la larga no fue tocado ni antes ni después por el conflicto. Entonces firmó el Pacto de Tregua para terminar la confrontación.

Es, por eso, difícil para un peruano entender el resentimiento boliviano. Perú y Bolivia pagaron un alto precio por la imprevisión de sus oligarquías nacionales, que fracasaron en la tarea de construir Estados nacionales consistentes, en buena medida porque pretendían modernizar sus países manteniendo las estructuras coloniales de dominación: construir repúblicas sin ciudadanos que marginaban a los indígenas, que constituían la abrumadora mayoría de la población. Un balance global de lo que representó la guerra debe incorporar también esa necesaria autocrítica.

Chile, Bolivia y Perú, hoy

¿Qué hacer a futuro? Los tratados existentes definen el problema de la mediterraneidad boliviana como una

cuestión bilateral. Chile, que le arrebató el litoral, tiene que ver cómo le restituye a Bolivia la salida al mar. El Tratado de 1929 estipula que, en caso de que Chile decida transferir a otra nación territorio que antes fue peruano (como presumiblemente debiera suceder, si Chile no decide escindir su territorio entregando a Bolivia el territorio que le arrebató) deberá contar con el acuerdo de Perú.

La demanda de Bolivia de una salida soberana al mar es, sin duda, justa, y el Perú debe apoyar toda fórmula que nos acerque a la salida del problema. Soy escéptico, sin embargo, con relación a que haya una solución a corto plazo. La diplomacia chilena ha seguido una línea constante durante los últimos 120 años, de desconocer las demandas bolivianas invocando la irrevocabilidad de los tratados internacionales, y es dudoso que esta línea política cambie si no es como resultado de un largo trabajo. No creo que ningún gobierno chileno, aunque se proclame socialista, se arriesgue a ir en el corto plazo contra el sentido común nacionalista ahora imperante.

A estas alturas, en un mundo crecientemente interconectado, para Bolivia la salida al mar por un corredor al norte del puerto de Arica tiene más valor sentimental que económico. Es salir a una zona de farallones impracticable para la navegación y sin valor económico, desde el punto de vista del desarrollo del comercio internacional. No

hay, creo, posibilidades de que Chile estuviera dispuesto a contemplar la cesión del puerto.

Para el Perú la hipotética creación de tal corredor plantea problemas a los cuales debería buscarse solución. Históricamente los departamentos peruanos de Tacna y Arica constituyeron una unidad; el primero es productor agrícola y el segundo tiene una gran importancia comercial por el puerto. Luego de un cautiverio de casi medio siglo, Tacna se reintegró al seno del Perú pero Arica fue cedido a perpetuidad a Chile por el Tratado de 1929. La eventual creación de un corredor boliviano entre la frontera sur del Perú y el puerto de Arica no debería escindir esa unidad histórica regional, que se ha mantenido a pesar de que ambas unidades geográficas hoy pertenecen a países diferentes. No es un problema insoluble. Deberá pensarse en soluciones imaginativas para esta y otras cuestiones.

Llegar a una solución feliz supondrá construir no solo consensos entre los diferentes países sino, quizás aun con mayor necesidad, construirlos al interior de ellos. Implicará ir contra el chauvinismo y el espíritu tribal, que no ve más allá de los lugares comunes del discurso patrioter. Deberá evitarse que esta causa se convierta en un botín político, como tan frecuentemente ha sido manejada por más de un siglo. Será necesario trabajar en los tres países para construir un sentido común que convierta la prédica por la

unidad latinoamericana en algo más que un discurso retórico de ocasión.

Sería bueno reflexionar sobre cómo hicieron en Europa, después de las dos guerras más devastadoras de la historia, y las terribles heridas que dejaron, para construir la Unión Europea a apenas 50 años de la Segunda Guerra Mundial, mientras en América Latina dos siglos después de la Independencia seguimos alimentando los recelos y ese nacionalismo negativo, que no reposa sobre lo que nos une, como miembros de una comunidad nacional, sino en la oposición al otro: el extranjero, el enemigo, el que acecha al otro lado de la frontera. Los historiadores tenemos un importante papel en esta tarea. Si uno revisa los libros de texto de los tres países contendientes en la Guerra del Pacífico, tiene la impresión de que se habla de tres guerras distintas, donde las versiones no guardan ninguna relación entre sí. Un momento importante del proceso de integración europea fue el trabajo, emprendido por sus historiadores, de construir una historia de integración de las guerras, que hiciera justicia a todos los contendientes. Los discursos sobre el carácter imprescindible de la unidad regional para afrontar los nuevos desafíos de la globalización seguirán siendo mera retórica si estas tareas no se abordan. De nosotros depende. La solución de la demanda boliviana de acceso al mar debiera ser ocasión de intentar avanzar más allá. Hacia la construcción de nuestra Patria Grande.